

Récord de crecimiento y de inmunizaciones

Escribo.

70.

Escribo mi primera novela.

69.

Tú escribes fragmentado, en hitos, por eso nunca podrás hacer una novela.

68.

Mi madre me trae ofrendas los domingos. El pasado vuelve en acontecimientos. Ella insiste en instalarme recuerdos nuevos, los suyos.

Hace un mes:

Mira lo que tengo para ti. De una bolsa saca unos blancos zapatos de bebé. Parecen bañados en cobre de lo pétreos que se sienten cuando los toco. Eran tuyos, los usaste el primer mes. Hay fotos en las que los tienes puestos. ¿No te gustan? Mi cara debe de estar endurecida, como ellos. ¿Por qué no sacas estos libros de la mesa y los pones ahí?

El domingo pasado:

Encontré tu álbum de estampillas que creíamos se habían robado. ¡Cómo te gustaban las estampillas de Magyar Posta! Y esa vez que de chica expusiste sobre Australia en el salón, mostrando las estampillas de los canguros...

Es cierto: Amo la filatelia como la literatura porque muestran una versión de la realidad. Actos selectivos.

Este domingo:

¡No sabes qué sorpresa te tengo! Me entrega un papel y se calla.

Récord de crecimiento y de inmunizaciones. Mi apellido tiene una «h» que sobra. No es la letra de mis padres.

Nacimiento. Estatura: 50 centímetros. Peso: 3 kilos 600 gramos.

La última fecha registrada: 5 años. 1 metro, 20 centímetros. Peso: 21 kilos.

Las últimas cuatro vacunas anuales: Polio. Triple. Polio. Polio.

Todo esto escrito a mano, mes tras mes, año tras año. Es la hermosa caligrafía de mi madre.

Al final del papel, un logo y un eslogan: Squibb, productos especiales para niños. Un siglo de experiencia inspira confianza.

Interpreto lo que ella pretende con estos objetos que caen sobre mí en picada, que me singularizan tanto como me malgastan: Existes por mí. Te cuidé. Te quise. Ahora tú: Quiéreme, cuidame. Existo.

67.

Limpio el cuarto de la empleada y ¿qué crees que encuentro? Todos tus cuadernos de matemática. Son los únicos que no botaste.

66.

Extraño a tu padre. ¿Tú no?

Yo lo extraño tranquilamente.

Entonces no lo querías.

65.

Mamá es buena. Ya no sé si es cruel o está loca pero es buena. Nos dio el mejor colegio, nos dio viajes. Nos dio los ojos azules.

Repites todo lo que nos dice hasta hoy.

Lo que pasa es que tú no comprendes su dolor. Está vieja, está sola.

Está como quiso estar.

Lo de papá fue un golpe. Pobrecita. Hay que turnarnos para verla. Yo no puedo dedicarle todos mis sábados. También quiero estar con mi esposo. Y tengo que trabajar. Me voy a Recife el mes que viene a un congreso de leishmaniasis.

No actúes por culpa.

No es culpa, es compasión.

Tu compasión se parece a tu culpa.

Sí, puede ser, es culpa.

Aunque hubiera sido masacrada por los nazis en la Segunda Guerra Mundial, no la justifiques.

No la justifico, solo digo, ella no es mala.

Cuando nos despedimos, mi hermana no dice: ¿Ya te vas?, dice: ¿Ya me abandonas? La impronta es la impronta.

64.

Mi tía me cuenta: Tu papá me confesó hace años que pensó en suicidarse en su carro, pero desistió al ver por el espejo retrovisor que ibas sentada detrás.

63.

Mi hermano no trabaja. Pero yo le digo a todo el mundo que trabaja. ¿Y en qué trabaja? Hace de todo, digo. Pido que nadie me pregunte hace cuánto no lo veo, hace cuánto no vuelve y si es feliz haciendo lo que hace.

En estos momentos no sé dónde está. ¿Cómo lo encajo en mi vida? La ausencia solo se soporta cuando hubo presencia.

62.

Hijita, yo nunca te pegué, fue tu hermano.

Él nunca me pegó, pero ya pasó, papá. Ya te perdoné.

¿Qué me vas a perdonar si no te hice nada?

Olvídalo, ya pasó.

Igual, perdóname.

Lo peino con la mano. Le sonrío. Le beso la frente. Cierro las cortinas y nos separo de los otros. ¿Qué crees que tienes?

No soy imbécil... Cáncer.

Hablemos, papito. Cuéntame algo que me quieras decir.

¿Dónde está tu hermana?

Está en la caja, pagando.

Ah, ya. Gasta nomás, de ahí te recuperas con lo del seguro. Ya lo sabes.

No te preocupes por eso. ¿Quieres que venga mamá? ¿Quieres verla?

No, no quiero que me vea así, peor que un perro. Quiero ver a mi hijo. Es mucho tiempo ya.

61.

No te olvides de cortarme las uñas, me dice cada domingo. Le corto las uñas a mamá. De las manos y de los pies. No lo hago por nadie, porque cortar uñas me da asco, como reventar espinillas o granos blancos, como sostener la cabeza del amigo que vomita. Apoya sus manos sobre mis rodillas y siento que me está confiando algo importante: su comodidad, ya no: su belleza. Sus uñas y las mías se parecen, como todas las uñas pero son las nuestras: las de ella,

más duras; las mías: blandas. Debe de ser por todo el calcio que toma.. Va con su pastillero a todas partes. Sin que ella lo advierta, me quedo con unas cuantas uñas, como ella conserva uno de mis rizos de la primera infancia, de un color diferente al de hoy.

60.

No te puedes casar con él.

Lo amo.

Tú no lo amas, lo que quieres es tirar.

No es por eso, si me quedo aquí me muero. Además, sigo virgem.

Qué mentirosa que eres, no tienes perdón. ¡Quien te escuchara creería que te he sacado la mugre! Algún día te arrepentirás de todo lo que me haces sufrir. Lo que tú no sabes es que los hombres siempre te ven como un hueco. No te cases, prefiero que convivas.

Lo haré, si eso es lo que quieres.

Me mudo al día siguiente. Me llevo mi mesa de noche y mi colchón. Una caja con todas las cartas y postales que he recibido. Mis discos compactos. Mis libros. Mis *tickets* de los conciertos y de los museos. Mis cuadernos de apuntes. Todo lo que soy.

Quien se va sin que la boten, vuelve sin que la inviten. Me grita en la calle mientras ayudo al chofer del camioncito a cargar más rápido mis cosas. Eres una puta, eso eres. Ni ella ni yo lloramos. Renunciamos sin sorprendernos. Somos una experiencia inútil, por ahora.

Mi hermana. ¿Dónde está mi hermana que no me defiende? Seguro llora sobre su almohada.

El libro que se titula y me titula: *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*.

59.

¿Por qué la llamas, Maurito? Ella es mala, mala, mala. Mi hija no te conviene. No sabes todo lo que me hace. ¿Cuándo vienes? Así te regalo una estampita. Tú eres el único amigo de ella que yo tolero porque eres católico y de una buena familia, como yo. Entre nosotros nos reconocemos. Estoy segura de que tú sí amas a tu madre.

58.

¿Cómo no voy a querer a tu hermano? También es mi hijo, ¿no? El problema es que tu papá nunca lo quiso. Competían por mi amor.

57.

Te llamo y tu mamá me dice que no confíe en ti porque eres mala. ¿Qué le pasa a tu vieja?

56.

Valeria vuelve todos los veranos. Cumple sus promesas. Nos recomendamos libros. A veces, sin saberlo, leemos el mismo libro. Me escribe: Nena, soñé con vos y es como si hubiéramos estado juntas hace un ratito. En el sueño disfrutaba de vos y a la vez sufría porque ya te ibas. Pero estabas cerca y era muy lindo.

Nuestra amistad se basa en valorizar la memoria, compartir un peso. Todo lo medimos en relación con nuestro cotidiano: su casa, mi casa. Nuestras familias a las que queremos dejar de pertenecer. Ella quiere ser actriz. Yo, escritora. Los mayores que nos ven conversar al borde de la piscina nos dicen: Qué bonitas se las ve, siempre tan relajadas. Se equivocan: estamos practicando cómo sobrellevar esta primera muerte: lo que nos toca vivir.

55.

Regreso de clases. Mamá está en su cuarto, echada en la cama, inmóvil pero parece viva.

¿De qué te operaron?

¿Cómo sabes? ¿Quién te dijo?

Todo tu cuarto huele a operación. Como a formol.

A ver, ayúdame a abrirme la blusa.

Me encuentro con una larga cicatriz en la barriga, los puntos gruesos, frescos. Alrededor de los pezones también hay puntos; se los recortaron, sacaron grasa y se los volvieron a poner. O algo así. O una autopsia.

Me la hizo gratis mi amigo Jonathan. No le vayas a decir nada a tu hermana o te mato.

¿Por qué te operaste? Tu cuerpo era bonito.

Era bonito, tú lo has dicho, hace ya muchos años. Cuando tengas mi edad, vas a comprenderlo. Es una desgracia sentirte joven, verte al espejo y darte cuenta de que los años no pasan en vano.

Cuando mamá va a las reuniones de padres de familia todos se la quedan mirando. Es alta, rubia de pelo corto y ondulado con permanente, usa faldas elegantes, lleva una cartera que combina con su ropa. Fuma y exhala el humo como en una publicidad de la tele. Se maquilla con buen gusto. Yo muero de orgullo de tener una mamá tan bonita. Los hombres le gritan cosas en la calle. El policía, el cartero, el taxista, el panadero. Ella sonríe. Está acostumbrada a los homenajes. El éxito es que todas tus amigas quieran ser adoptadas por tu mamá. Pero en casa la fealdad de mamá me ofende casi todos los días.

Un día vuelve del trabajo con un delineado azul en los ojos y bolitas de sangre como legañas rojas. Rodean sus labios pellejos de pequeñas heridas.

¿Qué te has hecho?

Fui modelo en la peluquería, así el delineado permanente de ojos y labios es gratis. Todo me sale gratis. Tú sabes que todos me quieren.

Antes de dormir, apoya su dentadura postiza superior sobre la mesa de noche. Perdió la mayoría de dientes durante un accidente de carro cuando tenía dieciocho.

¿Qué te puedo decir, hija? Era la moda.

Yo no entiendo qué moda es esa. Como mi tía que se pinta las cejas pero sí tenía cejas y se depiló pelo por pelo hasta que nunca más le crecieron. El color de los dientes falsos de mamá no contrasta con el de sus dientes verdaderos. Aunque fume.

En una película italiana que vi a la medianoche una mujer se saca la dentadura de arriba para que el protagonista la bese más profundo. Él lo disfruta.

Mamá nunca se besa con nadie, ni con papá cuando la visita, pero consigue todo gratis. Me avergüenzo de pensar eso de mamá.

¿Papá sabía que tenías dentadura postiza?

Sí, siempre lo supo. Bueno, él también tiene algunos dientes postizos. Él mismo se los pega con Moldimix.

O sea, papá te amaba como eras.

Tu papá es incapaz de amar a alguien.

No nos permite verla sin dentadura. Sin que ella se dé cuenta, mientras mi hermana duerme, camino a su cuarto, observo su boca arrugada, contraída, como después de chupar una fruta ácida solo que con el gesto perenne, luego a la dentadura (la prótesis de un animal disecado) y me pregunto si la voz de mamá cambia cuando no tiene dientes. ¿Es la voz de una anciana? Terror de solo imaginarlo. ¿La reconocería?

Para su antiguo dentista tengo esta pregunta: ¿Por qué adelantó la vejez de mi madre?

¿Sabes por qué soy tan dura contigo, no? Mamá tiene para mí la pregunta y la respuesta: Para que seas la más fuerte de mis hijos.

54.

Papá se queja de sus dientes. Ya no puede masticar carne. Le hablo de lo que se está perdiendo. Lo llevo a mi dentista. Por primera vez, acepta ir a un doctor. Le manda hacerse la plancha de abajo. El dentista no entiende cómo ha sobrevivido con los dientes pegados por él mismo. ¿Los pegaba directo a la encía o a qué?, nos preguntamos. Allí está la locura de papá: regresión a la etapa de purés y sopas; herirse la boca por donde ingresa la vida. Lo primero que hace con sus dientes nuevos es sonreírnos sin tener una razón precisa para hacerlo. Sus mejillas pierden algo de flacidez, rejuvenecen. Su sonrisa es menor a la edad que tiene. No me agradece pero está agradecido.

53.

¿Tú sabes cuán profundas son las raíces de esos árboles?, me pregunta mi hermana. La miro horrible. Vamos en el carro de papá, nosotros tres. Ella interrumpe el silencio. No lo soporta.

52.

Tu hermano y tú embadurnaron la cuna con caca. Tu hermana, nunca. Ella siempre fue más limpiecita.

51.

El 23 de enero del 2000 mamá bota a papá de la casa. Papá se muda a un departamento en un barrio al que nunca he ido.

No me visiten, nos dice a mi hermana y a mí, es muy peligroso. Lo invito de viaje. Es la primera vez que puedo invitar a alguien de viaje. Le prometo que lo llevaré a la selva. Él dice que no irá. Voy a buscarlo una noche para ver juntos la final de la Sudamericana. Más miedo me da no verlo. Llevo dos cervezas en la mochila. Papá duda de mi voz. Me deja pasar pero me da la espalda. No me besa. Cuando se voltea, tiene heridas en la cara. Me asaltaron. Me amarraron a la silla. Me pusieron la chompa de alpaca en la boca y me ahogaba. Estuve horas sin poder soltarme. ¿Y qué pensaste, papá? Pensaba: No me maten porque mi hija me va a llevar de viaje. Nos tomamos las cervezas. Nos vamos de viaje. Siete horas en bus. Nunca nos hemos ido de viaje. Ni solos ni con toda la familia. Un brujo nos entrega, delante de una catarata, un amuleto para la buena suerte que apesta a semillas podridas. Atravesamos un puente colgante sobre un bosque que se enmaraña y continúa más allá de lo que uno alcanza a ver. Amamos esta violencia que, como la nuestra, no pide permiso. Nos disfrazamos de nativos en una aldea donde todos esconden sus jeans y la antena parabólica apenas llegamos. Nos persigue un mono que no logra alcanzarnos porque está atado a un árbol. Comemos el pescado que pescamos. Volvemos a la ciudad en estado salvaje; primero hablamos de la carne ahumada, del cacao, del río, abrumados por las revelaciones sobre nosotros mismos y de lo que nos rodea, como seres del campo que cada mañana reconocen el amado paisaje, que nunca es el mismo. Me atrevo. Le pregunto a papá qué sucede cuando alguien toma lejía:

Lo mejor es suicidarse con raticida porque te licúa la sangre. El más potente se llama *Campeón*. Cuando mi hijo murió pensé en matarme, pero si lo hubiera hecho no las hubiera tenido a ustedes. No te mates. Venimos a

este mundo con dolor y de él nos iremos dolorosamente cuando nos toque.

En el bus nos prometemos: ahora vamos a vivir, así son las cosas. Queremos creerlo: vivir es una decisión insobornable. No vamos a volver a nacer. Vivir es defendernos.

50.

Una noche papá y yo dormimos en su carro, frente a nuestra casa, porque mamá bloquea la puerta para dejarnos fuera. Esa casa la pago yo y es mi herencia para ustedes. ¿Quién mierda se cree que me quita mis derechos? Me deja entrar si le prometo que no ingresará él. Solo yo.

49.

Eres igualita a tu padre. Tu hermana es quien más se parece a mí.

48.

Durante sus peleas, cuando mamá no resiste más y ya está dispuesta a todo, le dice a papá:

¿Cómo vas a amar a alguien si tu mamá te tuvo cuando estaba inválida? (y más bajo pero más lento: ¿si prácticamente tu papá la violó?). ¿Cómo vas a amar a alguien si viste morir a tu hijo?

Papá se defiende:

No te metas con mi madre. ¿Cómo mierda te metes con mi hijo?

Se pegan. Me pongo entre ellos. Me pegan. Él me levanta del suelo y ella me cachetea en el aire. Se unen, un instante. Tengo claro que no los uno yo.

Me pregunto:

¿Cómo podré amar alguna vez?

¿Por dónde comienzo a reparar si todo está roto?

¿Quién ama lo que está quebrado?

Yo no soy ellos. Yo escribo y me salvo. Me sucede a mí pero consigo ser La Espectadora.

47.

Papá no se mueve de su cuarto. Toco antes de ingresar. Pasa. Olor a cigarro y a perfume viejo. Una tarde me quedo en el umbral, le pido:

Dime que me quieres.

Yo demuestro mi cariño con hechos y no con palabras.

Dime que me quieres.

Lárgate.

Papá.

No.

Se levanta de la cama, empuja la puerta para cerrarla. Luchamos. Me cierra la puerta en el pie.

46.

Mamá reza el rosario todos los jueves. Adora a un buda. Es el regalo de un escultor colombiano que se enamoró de ella. Repite: Me lo traje sentado en mis piernas en el avión para que no le pasara nada. Juega a la lotería y pone los boletos debajo de él y enciende la luz que ilumina su panza. Le soba la panza de yeso varias veces por semana. Le habla. Mamá le habla a las plantas y a su buda. A las plantas para que no se mueran y al buda para todas las ocasiones. Todos sus deseos los sabe el buda. Cuando mi hermano vuelve de su primer viaje, carga al buda por encima de su cabeza. Mamá lo observa y no puede hablar. *Una sola palabra tuya bastará para salvarme.* El buda cae. Se rompe en tantos fragmentos que será imposible restaurarlo. Mi hermano dice:

Ahora ya sabes qué se siente que te quiten lo que más quieres. Se vuelve a ir de viaje. Cuando vuelve, ya no se queda en la casa. Ya no tiene cuarto. Su cuarto es ahora de papá. Mamá pone una alfombra donde el buda dañó la madera. Lustra el piso, vuelve a arrastrar la alfombra con el pie y la pone justo encima del hueco.

45.

Papá me pide que colabore con cambiar el foco de la sala. Tú tienes los dedos largos. Se olvida de bajar la llave de la luz. Soy lanzada al sofá. Caigo sentada, como si hubiera estado en esa posición todo el tiempo, conversándole. Nos reímos.

44.

Otra vez es Navidad.

Mamá: Vamos a agradecerle al Señor que somos una familia.

Digo: Que fingimos ser una familia.

Dice: Tú siempre tan cruel. ¡No sé a quién has salido!

Hermana: Ya, no peleen.

Papá: ¿No van a poner los villancicos?

Yo: ¿Cómo la Virgen se puede estar peinando entre cortina y cortina? ¿Cómo beben y beben los peces en el río? Las letras son pésimas ¿o es que fueron mal traducidas?

Mamá: ¿Otra vez nos vas a joder la Navidad? Dime, ¿otra vez?

Papá: Una pierna para ti y otra para mí. Aquí tienes...

En la mesa está toda la platería de colección. Los platos que se lucen en sus vitrinas y que solo estrenamos cíclicamente para el rito de la Navidad. La jarra es de plástico y tiene el logo de una marca de fósforos. La odio con toda mi alma.

Mamá y papá se intercambian de regalo paquetes de cigarrillos Golden 100. Nos dan cien dólares a cada una.

43.

Mamá se levanta a las cuatro de la madrugada a aspirar los cajones de su cómoda. Tengo el sueño ligero. No consigo dormir con toda esa bulla. ¿Por qué te levantas?, no vayas a despertar a tu hermana. Vuelve a la cama.

42.

Por culpa de ustedes no puedo dejar a su padre.

41.

En la última vuelta, remato. Desaprovecho mi segundo aire: no es una maratón, sino las postas cuatro por cuatrocientos. Antes de llegar en segundo lugar a la meta, me desmayo. El cardiólogo me hace la prueba de esfuerzo. Encuentra un soplo. Al ponerme los chupones en el torso desnudo, descubre que tengo escoliosis. Dejo de correr. Para siempre.

40.

El día de mi cumpleaños conozco a Valeria en la piscina de un club. Su amistad es como nadar: me emociona, me moviliza. Me hace bien. No hay rechazo. Pese a nuestras hermanas, nos elegimos como hermanas, como mejores amigas, sin deslealtades. Puedo contarle cómo es mi vida, escuchar de la suya y sentir: no nos parecemos del todo pero somos iguales. Valeria vive en Buenos Aires. Promete que volverá el próximo verano. Eso hacen los clubes: formar amistades de verano; en invierno hay que esforzarse por recordarles el sol.

39.

Escucho a mamá decirle por teléfono a una amiga: Yo por mis hijos comería caca.

38.

Cuando tu hermana estaba en cuarto grado le mandaron como tarea pintar a Jesús, me cuenta mamá. Le compramos cartulina y plumones nuevos. Todas las tardes, después de clases, dibujaba. Dijo que haría primero todo a lápiz y luego lo rellenaría de color. El piso de la sala... Creo que se gastó un borrador porque yo me la pasaba barriendo lo que borraba. Le tomó una semana terminarlo. Tu papá me dijo: Vamos a ver cómo lo hace la enana cuando le toque dibujar lo mismo el próximo año... Sabremos cuán distintas son. ¿Y qué crees que ocurrió al año siguiente? En media hora dijiste: Ya está. Fuimos a ver tu trabajo. Tu papá te dijo: Pero si este Cristo ni siquiera está crucificado. Yo lo veo así, contestaste, y te fuiste a la calle a jugar. Tu papá me dijo que tu hermana iba a sufrir más.

37.

Después de correr la manzana, luego de almorzar, leo sobre mi cama. Leo un libro al día. Leo de todo. Leo y soy libre. Viajo a territorios desconocidos. En globo aerostático, en submarino, en tren, al centro de la Tierra. Tengo varias familias. Nuevos amigos. Vivo en los árboles. Encuentro tesoros piratas. Salga del salón si va a estar leyendo en clase, me dice la profesora de matemática. Qué diferencia con su hermana. Así como algunas amigas fuman, yo leo, a escondidas, en cualquier lugar del colegio. A toda hora. Cuando juego ligas, me tienen que avisar que es mi turno porque estoy leyendo. Me dan

un diploma firmado por dos monjas: Por destacarse en la lectura.

Te vas a quedar ciega, me dice mamá. No pegues tanto la cara al libro. Ella guarda sus libros bajo llave. Dice que pronto tendré la edad para leerlos porque son muy fuertes. Mamá tiene la manía de usar las tazas decorativas como escondite. Encuentro la llave, todas las veces. En los libros de mamá los personajes tienen sexo, como en la vida real. Papá suele leer a Agatha Christie y dice que casi siempre acierta al identificar al asesino: Todos tenían un motivo para matar al que está muerto.

Leo. Escapo. Encuentro un lugar seguro y acogedor. Mi casa del árbol. Una habitación propia. Y si no entiendo lo que leo (ocurre a menudo), me enojo.

36.

Participamos con Mariano en un concurso de comer pizza. Él: trece pedazos. Yo: diez. De regreso a mi casa, tocamos corriendo los intercomunicadores de la cuadra y cuando nos responden *aló*, eructamos. En el garaje, nos besamos, me pego a él, le meto la lengua, se soba contra mí y tengo mi primer orgasmo.

35.

Mamá alza mi *discman* y me dice: ¿Te encanta, verdad? Hace como que lo va a dejar caer, hace como que se arrepiente.

34.

Corro los cien metros planos en la nueva pista de tartán. Luigi me presta sus zapatos de clavos. Me quedan grandes. Llego con Paloma a la meta al mismo tiempo, pero mi zapato derecho le gana al suyo. Pareces una gacela, me dice la

profesora de atletismo. Eres una corredora nata. Los viernes, después de clase, me hace correr la vuelta al Golf. Hago tres kilómetros en veinticinco minutos.

33.

Por ustedes no puedo dejar a su madre. Mal que bien es la madre de mis hijas.

32.

Nos seguimos bañando con balde y jarrita. Si se molesta, mamá me persigue con el balde de agua caliente. Se enciende rápido, como la nueva terma. Cada vez corro más veloz. Me encierro en mi cuarto. La cerradura está malograda. No resisto demasiado tras la puerta. Cuando consigue entrar, salto de cama en cama, alcanzo la puerta. Huyo. Nunca me atrapa. Me prometo que algún día escribiré el cuento de un tipo que ganaba las carreras porque recordaba que era perseguido. No se lo digo a nadie: me cuesta bañarme porque me cuesta verme desnuda. Frente al baño del segundo piso está el único espejo de cuerpo entero de toda la casa. Me gusta mi cuerpo. Me asusta mi mente.

31.

Los terroristas vuelan las torres de electricidad. Los apagones constantes dificultan leer, hacer las tareas. Vivir bajo la amenaza de las bombas es una cacería que solo los adultos enfrentan solidarios. Nadie comprende, al horror no se le puede comprender. Los papás nos llevan a ver los forados que dejan las bombas. Tarata. Canal 2. American Airlines. No sé qué se espera de nosotras. Me duele la ciudad pero no me duele el país. Aún no. Estamos en toque de queda. Solo a las fábricas de velas parece irles bien. Las velas son delgadas

y blancas, como las que se encienden en las ceremonias de la paz. La comida se malogra en la refrigeradora. Una mañana, mi hermana y yo compartimos un tamal del día anterior. Del día anterior sin luz. Nos encontramos en los baños del colegio. Tenemos el estómago destrozado. Cada una en una camilla de una plaza. La enfermera permanente nos prepara té de orégano. Están prohibidas las pastillas. Reímos entre los espasmos de dolor y el sudor frío. Mamá pide permiso en el trabajo para recogernos: mis hijas nunca se enferman al mismo tiempo. ¿Fue el tamal, verdad? Todos los días en el desayuno: un vaso de jugo de papaya, una taza de leche caliente. Me tomo el jugo delante de papá. Él licúa. Él nos lleva al colegio. Cuando sale al garaje a calentar el motor del carro, aprovecho para botar la leche por la rendija del lavatorio. No siento culpa.

30.

Me siento incapaz de dar el examen de matemática. Me despierto en la madrugada. Me duele el estómago de los nervios. Mojo algodones. Los arrojo al inodoro, uno detrás de otro. ¿Estás con diarrea, hijita? Logro despertar a mamá. Logro engañarla. Al día siguiente, no voy al colegio. Me quedo en su cama. Veo televisión toda la mañana. Me trae dieta de pollo. Sube a cada rato a preguntarme cómo sigo. ¿Qué es lo que más quieres?, me pregunta. Me da besos en toda la cara para comprobar que no tengo fiebre. No tienes infección, me dice. Estar enferma se parece a la felicidad.

29.

La abuela me dice: Doy más por una pierna de tu hermana que por toda tú. La abuela está en coma desde hace

siete días en la clínica. Yo la quiero. Es verdad que le robo las estampillas, pero la dejo cambiarme por el solitario y devolverme los regalos de Navidad envueltos con otro papel. Se me permite un rato a solas con ella. La tomo de la mano y le hablo. Sé que me estoy despidiendo. Nadie en casa sabe que estoy despierta a las cinco de la madrugada y que escucho el teléfono sonar. Nadie me dice la verdad. En el colegio lloro a la abuela muerta. Me envían de regreso a casa. La primera pérdida. No quiero acercarme al ataúd. Me obligan. Tiene algodón en la nariz, los oídos (creo que es para que no le entre polvo por esos orificios, pero me corrigen: es para que no le salga nada por ahí). Lamento no haberle preguntado más sobre las guerras mundiales que le tocó vivir en Italia y luego en una zona de Austria que pasó a ser de Alemania. Por ella, mi hermana y yo estudiamos en colegio alemán.

28.

Papá y yo nos despertamos de madrugada porque tenemos sed. Él baja las escaleras. Regresa con nuestros vasos de plástico llenos de agua hervida. El suyo es rojo. El mío es azul. Todos en casa tenemos vasos de plástico de colores.

27.

Pinten lo que más les impresionó de las vacaciones, nos pide la profesora. Dibujo un televisor y en la pantalla escribo: Quince muertos por terrorismo. La profesora llama a mamá para una cita. Mamá le dice: Pero ella no ve noticias... Ni siquiera ve televisión. Ah, le dice la profesora, lo que pasa es que su hija se da cuenta de que se da cuenta.

26.

Tía, adivina cuál es mi lado del cuarto.

Este, pues.

¿Cómo sabes?

No tiene cruces.

25.

Mamá:

Si te sigue yendo mal en el colegio, solo podrás ser dos cosas: prostituta o drogadicta.

24.

Volvemos a casa del colegio en el carro de papá. Mi hermana cruza la pista sin mirar a ambos lados. Va a la tienda a comprarnos chocolates. Papá la llama desde su carro, estacionado al otro lado de la pista. Se tapa los ojos. No quiere mirar lo que yo sí estoy mirando: mi hermana viene a nosotros con chocolates. Durante todo el camino a casa papá no dice una palabra. Mi hermana y yo hablamos entre nosotras. Nos manchamos las manos, las lamemos. Ninguno de los tres le dirá a mamá que comemos dulces antes de almorzar. Pienso y pienso: el hijo de papá murió atropellado pero mi hermana está viva, yo estoy muy viva también, y papá ya no debería estar triste.

23.

Mamá a papá: Vengo indignada de la peluquería, ¡no sabes! Rosita ya sabe que está embarazada de mellizas y dice que las quiere llamar como nuestras hijas.

Papá a mamá: Eso te pasa por andar diciendo que solo tú escogiste sus nombres. Tú y tú y todo tú.

22.

¿Qué es lo que más quieres?, le pido a mamá que me pregunte. Nunca me preguntas eso. Me dice: ¿Qué es lo que más quieres? Una bici y *Lo que el viento se llevó*. Mamá me compra primero la bici, luego el libro; me lo dedica: De tu mamá que te quiere mucho, nunca lo dudes. En dos peleas distintas, me quita los regalos y se los da a mi hermana. Tacha mi nombre de la dedicatoria del libro y escribe el de mi hermana. Ella recibe los regalos. Me los presta.

21.

Mamá: Niñas, su hermano se irá a vivir a otro país. Vamos a ir todos a dejarlo al aeropuerto el sábado que viene.

Mi hermano: Me voy a Italia. Ya las invitaré para que conozcan.

Mi hermana: ¿De verdad te vas a ir?

Yo: ¿Para qué te vas?

Mi hermano: Voy a recolectar manzanas y naranjas en verano. Luego viajaré por Europa. Les mandaré fotos.

Lo que yo entiendo: Les mandaré fotos porque me voy de la casa.

Papá no dice nada. No vuelve a decir algo sobre él.

Nos tomamos fotos con mi hermano en el mostrador de Alitalia. Papá toma la foto. Lo único que papá y mi hermano tienen en común es el bigote.

En la clase de arte me piden dibujar a mi familia. De todos los colores escojo el negro. Dibujo a un solo hombre con bigotes. ¿Quién es, tu hermano o tu papá?, falta uno, me dice la profesora.

20.

En invierno, lanzo piedras contra los ventanales de los ómnibus. Rompo varios. Los choferes me persiguen; no me

alcanzan. Me escondo en la panadería. Los fines de semana de verano arrojamos globos de agua durante los carnavales desde la azotea hasta la calle. Los pilotos tocan el timbre de mi casa. El timbre suena como algo urgente. Mamá lo niega todo. Pero el viaje del globo es como el de una flecha.

19.

Colecciono papeles de carta. Mi favorito tiene escrito: «Quien mucho lee algún día intentará escribir».

18.

Los ateos siempre están malditos, le dice mamá a papá. Le regala una estampa de San Judas Tadeo. Pídele algo, pídele con fe. Papá nunca reza pero nos lleva a la iglesia Jesús, María y José los domingos y nos espera sentado en su carro hasta que *podemos irnos en paz*. Cuando el sacerdote pide voluntarios para que hagan la primera lectura yo siempre me ofrezco. Habla conmigo en la sacristía. Me pide leer para todos porque los niños conmueven a los grandes. Modulo la voz para causar un efecto especial, al menos entre los creyentes de las primeras filas. Cuando vuelvo a mi banca, algunas señoras me sonríen como a la nieta favorita. Pienso: Si alguien entra con una metrallera en este momento saltaré delante del cura para morir por él y que todos piensen: es una santa.

17.

En el 86 mamá se va tres meses a Italia porque muere su primer esposo. El día que vamos a recogerla, mamá no llega. Papá, hermana y yo nos sentimos abandonados. Huérfanos. ¿Se cayó el avión?, le preguntamos a papá. Al día siguiente aterriza por fin. Mamá y papá se dan un pico cuando se

ven. ¡No podemos creerlo! Este beso es mejor que todos los regalos: ¡lo esperamos nueve años! Mi hermana me dice: ¿Ves?, sí se quieren. Voy a estudiar y a ser la mejor para que ellos nunca se separen.

16.

Son las seis de la tarde. Mi hermana y yo vemos televisión en el cuarto de papá. Estamos solas en casa. Va a comenzar Rosa Salvaje. Cantamos: *Rosa Salvaje, soy yo...* Amamos a Verónica Castro. No tiene familia pero alguien la cuida, le promete una idea de hogar. Le digo a mi hermana: Me gustaría que ella fuera nuestra mamá. Sí, a mí también.

15.

Cuidense de los hombres, ellos siempre te ven como un hueco. Su padre siempre me vio como un hueco.

14.

En el club al que vamos de visita, un niño me lleva a conocer La Estatua que Lloro Sangre. Está en el segundo piso. El primer piso es una cancha de básquet y hay partido. Me gusta cómo suenan las zapatillas al detenerse en seco. Franco me da un beso en la mejilla, otro en el borde de los labios y finalmente, uno en la boca. Me orino encima. En el baño de casa repaso este beso, asocio el placer de orinar al placer del beso.

13.

Papá esconde su plata en la guantera del carro. Mamá abre la guantera. La descubro robando. Hacemos un pacto en el garaje. Compra mi silencio con cincuenta soles robados. Mamá siempre le dice a papá: Tus cincuenta soles no

me alcanzan para nada. Encuentro la taza antigua donde mamá guarda sus dólares. Saco veinte dólares. Le compro helados a todo el salón. Las diez chicas que nunca me hablaban son mis nuevas amigas. Robo de manera sistemática. Me compro revistas y chicles y chizitos. Fantaseo: cuando mamá se esté muriendo, me arrodillaré a su lado en la cama y le diré la verdad. Una tarde, cambio de lugar la taza. No puedes decirme nada, le digo, lo aprendí de ti. Dejo de robarle a ella y comienzo a robarle a papá. Mamá sabe que le robo a papá. Solemos coincidir en el garaje. Somos corteses. Tú primero, le digo.

12.

Eugenia: Tu mamá me empujó.

Yo: ¿Dónde?

Eugenia: En las escaleras a mi cuarto, mira, me he golpeado.

Yo: ¿Qué hiciste?

Eugenia: Tú ya sabes que cuando tu mamá se enoja, se enoja.

11.

Cuento ocho figuras religiosas en el cuarto de mis papás. Hay muchísimas más pero solo sé contar hasta ocho. La belleza del ocho es infinita. Ocho es todo por ahora. ¿Y ese niño de la foto, quién es? Siempre lo veo pero lo he visto tanto que recién ahora lo veo. ¿Es mi hermano? Es tu otro hermano. Murió cuando tenía tres años. ¿Hijo de quién era? De tu papá con su primera esposa. ¿Qué primera esposa? Alguna vez ya te conté que tanto tu papá como yo estuvimos casados antes. ¿Papá tenía un hijo de la misma edad que tu hijo? Exactamente. ¿Y cómo se llamaba? Como tu papá.

Me echo en la cama, confundida, boca abajo. Lloro por este hermano a quien nunca voy a conocer, a quien recién conozco. No dejo de preguntarme:

¿Y dónde está ese niño muerto? ¿Papá lo visita? ¿Visita a papá? ¿Y cómo era? ¿A quién se parecía? ¿Por qué lleva terno en la foto? ¿Por qué es rubio si el pelo de papá es negro? ¿Qué día era ese de la foto? ¿Hay un día especial para morirse? ¿Cómo murió? ¿Cómo saben que está muerto? ¿Y cómo papá puede querernos si su primer hijo está muerto? ¿Por qué nunca habla de él? ¿Y por qué mueren los niños? ¿Y si quería otro hijo hombre de reemplazo? Uno que se llame como él, otra vez. ¿Por qué nacen los niños?

10.

Mi primera carrera.

Viene mi tía a casa por las vacunas.

Descubro que La Señora de las Inyecciones es ella. Mi tía. Me siento traicionada. Me abraza para saludarme. Su cariño no anestesia mi tristeza. La muerdo fuerte en la teta, como una fiera. Corro hasta la azotea, ingreso al cuarto de la empleada, me escondo debajo de la cama. Me buscan por toda la casa. Se rinden. Me echo en la cama de la empleada por primera vez. Hay algo en este cuarto que me explota en la cara: hay silencio. Quiero que este sea mi cuarto. Pequeño, con el techo muy abajo, apartado y perfecto.

9.

Mamá le dice a la empleada nueva: Las niñas tienen prohibido ver televisión durante la semana. El sábado me levanto muy temprano. Bajo a la sala. Me escondo detrás del sofá

para ver qué hace la empleada. Está quitando los cuadernos de la mesa, el frutero con frutas falsas: la manzana, la pera, el plátano, las uvas que son para mí la imitación más real. Pasa el plumero por la mesa. Estornuda. Se suena en el mandil. Me acerco a ella por detrás. Brinca del susto. La amenazo: ¿Vas a dejarnos ver televisión o le digo a mi mamá que te sonaste los mocos en el mandil? Todas las tardes vemos Popeye, La Gata Loca, Lady Óscar, El Chavo del Ocho, Rosa Salvaje. Vemos la tele con Eugenia porque ella plancha la ropa en el cuarto de papá, como mamá le ordenó.

8.

Estamos todos en la cocina. Los domingos podemos comer viendo tele. Magnum, Hawai 5-0. Ahora están dando La Laguna Azul. Cuando se besan, siento cosquillas ahí abajo. Tengo siete años. No quiero que la chica y el chico se mueran para volver a sentir lo mismo.

7.

Papá retrocede y atropella al cachorro que acabamos de comprar. Nos dicen: Mejor no tener mascotas porque te encariñas y se mueren.

6.

Mi hermana y yo estamos sentadas en la escalera. Mamá es una bruja, me dice. No me gusta cuando te pega. Pero yo corro, le digo. No lloro con mi almohada, como tú. Mamá sale de detrás de la puerta y dice: ¡Soy una bruja! ¿Qué te dije?, me dice mi hermana.

5.

Anotación en el cuaderno para regresarlo firmado por mamá: Habiendo tantos niños pobres en el mundo, su hija bota un plátano a la basura cuando cree que nadie la está viendo. Mamá me muestra en una revista extranjera a niños africanos con la panza inflada.

Es por ellos que tienes que acabarte toda tu comida. Es por ellos que nunca puedes botar la comida.

Pero si ellos están llenos. Mira sus panzas.

Lo que tienen son gusanos y enfermedades y van a morir de hambre.

Recuerdo un avioncito: Este bocado es por tu abuela, este por tus tías, este por tu hermana, este por tu hermano, este por tu papá, este por los angelitos. Prrrrrr. Abre la boca. Y este bien grande por los niños de Biafra. Abre. Te-digo-por-última-vez-que-abras-la-boca.

4.

Eres una razuda, mamá.

Si yo soy una basura, tú eres una perra.

3.

¿Alguien sabe qué sucede cuando juntamos azul y amarillo? Soy la primera en levantar la mano.

¿Quién sabe? La mayoría de mis compañeras alza el brazo.

La profesora me señala. Cuando respondemos, debemos ponernos de pie.

Me levanto segura. En la mayoría de exámenes orales detesto contestar. Por mi apellido soy la primera de la lista. Para cuando llegan a la S todas ya saben las respuestas o pueden corregirlas.

¿Qué sucede? A ver si sabes...

Digo:

Moldimix.

Todo el salón se ríe. No entiendo por qué se burlan de mí. Mi papá pega todo con Moldimix. Me enseña a pegar la maceta o el vidrio o la pata de la silla o a parchar la cañería. A veces creo que rompe cosas para poderlas pegar con Moldimix. Si juntas azul con amarillo te da Moldimix, ¿ves como todo lo pega?

2.

Me ducho con mi hermana. Ella tiene ocho y yo seis. La puerta del baño está abierta. Las puertas de vidrio templado de la ducha no están cerradas del todo. Podemos ver pero nadie puede vernos. Mi hermano salta sobre la cama de mis papás. Mi papá le grita que se baje. Están jugando a encontrarse, creemos. Mi hermana y yo nos ayudamos con el agua tibia de la jarrita. Jugamos a la cascada: yo te echo a ti y tú a mí. Una persecución. Vuelve el miedo. Vamos a ver. Salimos desnudas. Sigo las huellas mojadas de mi hermana. Mi hermano está contra la pared, en la mitad de la escalera, con los brazos abiertos. Tiene una herida en la ceja. Observa a papá como a un loco de la calle. Mi papá está en el rellano, a punto de lanzarle un velador. ¿Cómo lo arrastró tan rápido hasta allí? Negación del recuerdo. ¿Llegó a empujarlo del todo contra él? Papá le lanza esto: ¡Tú no eres mi hijo! ¡Tú no eres mi hijo!

1.

Mi primer recuerdo: tengo dos años. El pañal me pesa. Lo sostengo con las rodillas. Estoy en la cuna. Meto la mano al pañal y empiezo a sacar la caca. La pego en los

barrotes de la cuna. El pañal deja de pesarme. Al rato, extraño a mis papás. Grito. Ninguno viene. Intento bajarme de la cuna. Ir a ellos. Caigo de cara. Mi sangre tiene sabor. Ellos corren hacia mí.